



COLUMNA

Juan Antonio Córdova Miranda
doctor en Cultura y Educación Latinoamericana, profesor normalista, exseremi de Educación



Educación ahora

El brutal asesinato de una docente en una escuela de la ciudad de Calama, de manos de un alumno, no solo enluta a una comunidad educativa, interpela a toda la sociedad. Nos obliga a mirar de frente una crisis más profunda, donde la escuela ha dejado de ser un espacio seguro, humano y formador.

La educación pública como bien plantean miradas contemporáneas, no puede reducirse a resultados ni

mediciones, es ante todo, vínculo, respeto y sentido. Cuando ese tejido emocional se rompe, la violencia encuentra terreno fértil. A ello se suma una realidad regional marcada por déficit de docentes, sobrecarga laboral y condiciones estructurales que tensionan el aula día a día. Hemos olvidado una verdad esencial, educar es un acto profundamente humano. El espíritu normalista, vocación, servicio y compro-

miso social, hoy se diluye en un sistema que desprotege a quienes enseñan, a educandos y comunidad. Lo ocurrido en Calama no puede naturalizarse. Es una señal urgente de que debemos reconstruir la educación desde su base, dignificar al docente, fortalecer la convivencia y devolverle a la escuela su rol formador de comunidad. Sin ello, no hay aprendizaje posible, ni futuro compartido.